

sería, tal vez, su retiro lo que habría contribuido para adelantar la muerte de tan buen padre? Si á lo menos hubiera esperado un año, podría haber cumplido sus últimos deberes para con él. ¿Qué haría su hijo, de quien el difunto se había encargado? ¿No se perdería cuando, privado de los sabios consejos de un padre, tan lleno de experiencia, no tenía ni aun á su madre para vigilarle?» Así no titubeó un minuto, y como verdadera y buena madre, resolvió ir inmediatamente á Borgoña para recoger y transmitir á sus hijos la herencia de su abuelo y ocuparse en consejo de familia en lo porvenir de su hijo Celso Benigno.

Las Hermanas, que habían tomado parte en el dolor filial de su santa Madre, se desconsolaron mucho cuando supieron las dejaba, y tal vez por muchos meses. Apenas había nacido la obra, y ya se iba á ver privada de la que era su alma y su vida. La Madre de Chantal hizo brevemente sus preparativos; renovó sus votos de obediencia en manos de San Francisco de Sales; recibió la profesión de tres Hermanas que habían concluido el noviciado; la Hermana Roget, la Hermana María Petra Chatel y la Hermana Milletot encargó á la Madre de Brechard el gobierno de la comunidad, no queriendo llevarla consigo por la razón de que era de Borgoña, y escogió para que la acompañase á la Madre Favre, rogando al Barón de Thorens la sirviese de guía y protector durante el viaje; y después de recibir la bendición de San Francisco de Sales, salió del convento el 23 de Agosto de 1611.

El Santo Obispo salió también al otro día para Thonon. La Madre Brechard, afligida con esta soledad, subió á la galería donde tantas veces la habían consolado y fortificado los dos Santos con sus consejos, y poniéndose de rodillas para quejarse á Dios amorosamente, oyó distintamente estas palabras: «El Padre y la Madre se marchan, pero yo, que soy tu Dios, estoy

aquí; ¿de qué, pues, te quejas?» Lo que la consoló y la preparó á las pruebas que le estaban destinadas (1).

No obstante, San Francisco de Sales, andando para Thonon, seguía con el corazón y el espíritu á la venerable Madre de Chantal, que se dirigía á Dijón. «Tres días hace que estoy en Thonon—la escribía;—pero ¡oh Dios, mi muy querida hija! no sé qué camino he andado, si el de Thonon ó el de Borgoña; pero conozco que estoy más en Borgoña que aquí. Sí, hija mía; pues que así lo quiere la divina bondad, soy inseparable de vuestra alma.» Y después de algunas palabras sobre su salud, que le tenía algo cuidadoso por causa de la fatiga y de los muchos calores, volviendo á los negocios de su alma, que le preocupaban más: «¡Ay! yo os lo suplico, mi muy querida hija; en todos vuestros negocios estad pendiente de Jesucristo y de Nuestra Señora, para que su multitud no os turbe, ni su dificultad os admire. Haced uno después de otro, en cuanto os sea posible, y emplead para esto todo vuestro talento, pero dulce y suavemente. Si Dios os concede salir bien, le bendeciremos; si no, le bendeciremos también.» Y, por último, añade estas admirables palabras: «¡Oh, hija mía! tratad los negocios de la tierra con los ojos fijos en el cielo (2).»

Por lo demás, esto es lo que hacía la Santa. Llegó á Dijón hacia mediados de Septiembre, siendo recibida por sus parientes con extraordinaria alegría, y después de haber orado y llorado sobre el sepulcro de su padre, que en atención á su virtud y nobleza (3) había sido enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, se encerró

(1) *Vidas de las primeras religiosas*, tomo I, pág. 163. La relación de este hecho, redactada por la Madre de Chaugy, fué revisada por la Madre de Chantal.

(2) Carta del 10 al 11 de Septiembre de 1611.

(3) Su mausoleo con su estatua encima, ha sido después transportado á la iglesia catedral de Dijón, donde aún se ve hoy día.

en el más profundo retiro, visitada por una porción de gentes, pero sin volver ninguna visita, y no saliendo sino para ir á la iglesia.

De Dijón fué á Bourbilly y á Monthelón, estando casi cuatro meses en estos dos castillos, poniendo en orden sus negocios con una firmeza y un juicio que llenaban de admiración al Barón de Thorens y á todos los señores que la acompañaban. En Bourbilly, los parientes del Sr. de Chantal reunieron cierto número de personas doctas y algunos religiosos, para que persuadiesen á la Santa con razones de conciencia y de doctrina; decían que debía quedarse en Borgoña, á fin de cuidar de los bienes de sus hijos, y que no siendo religiosa claustrada, podía vivir en medio de su familia como las Hermanas de la Orden Tercera de Santo Domingo y San Francisco; pero á esto respondió muy oportunamente que no era igual su vocación. Una señora parienta suya, viendo que con nada se la convenía, se encolerizó mucho, y la dijo «que era una vergüenza verla envuelta en dos varas de estameña, y que si la creyesen desgarraría su velo en mil pedazos;» á lo cual dió la Santa una respuesta de Reina: «Quien prefiere su corona á su cabeza—dijo,—no perderá jamás la una sin la otra.»

Advertido San Francisco de Sales de lo que pasaba, escribió á la Madre de Chantal para fortificarla en su resolución. «Si os hubieseis vuelto á casar con un caballero de lo último de la Gascuña ó de la Bretaña—le decía con muy buen criterio,—lo hubieseis abandonado todo, y nadie diría nada. Ahora, que ni con mucho habéis hecho tan grande abandono, y os habéis reservado bastante libertad para tener un cuidado moderado de vuestra casa y de vuestros hijos, sólo porque este corto retiro es por Dios, hay muchas gentes que lo critican.» En consecuencia, el Santo la exhortaba á no hacer ningún caso, y dejaba á su prudencia y discre-

ción el tiempo que había de permanecer en Borgoña (1).

De Bourbilly volvió nuestra Santa á Dijón, donde la hicieron nuevas é increíbles instancias para que se quedase al menos un año; pero no quiso consentir en ello. Puso á su hijo Celso Benigno en el Colegio de Dijón, y rogó á su tío, el Sr. D. Claudio Fremiot, que tuviese la bondad de servirle de padre; y preocupada con las noticias que recibía de Annecy, desplegó la mayor actividad para apresurar el momento de su partida.

Estas noticias no eran buenas. Casi todas las Hermanas estaban enfermas, y una sobre todo, la Madre María Petra de Chatel, estaba de peligro. La Madre de Brechard, superiora en la ausencia de la Madre de Chantal, se consumía en oraciones, trabajos y cuidados, de noche y de día, para cuidar á las enfermas, y ya se empezaba á temer sucumbiese ella misma á sus penas y fatigas. «Querida hija mía—la escribía San Francisco de Sales;—es preciso tomar el descanso y la comida suficiente, dejando amorosamente algún trabajo para los demás, no queriendo para sí todas las coronas, porque el prójimo desea también conseguir algunas» (2).

Había, en efecto, una gran emulación de celo entre todas las Hermanas, y sobre todo se disputaban la felicidad de velar al lado del lecho de la Hermana María Petra de Chatel, no sólo por el afecto que inspiraba á todo el mundo, sino para ser testigo de las heroicas virtudes que esta joven Hermana desplegaba en su enfermedad. Atormentada con una calentura ardiente, devorada de sed hacía cinco días, hasta el punto de que su lengua desecada se pegaba al paladar, y teniendo á su lado un vaso de agua fresca: «¡Dios mío!—decía mirando con gusto esta copa,—es menester que el impe-

(1) Carta del 15 de Noviembre de 1611.

(2) Carta sin fecha cierta, sacada de la *Vida de la Madre de Brechard*. (Véase *Las primeras Madres de la Visitación*, tomo I, pág. 163.)

rio de vuestra gracia sea muy grande para que, estando tan sedienta, me deis fuerza para obedeceros, absteniéndome de beber.» Y luego, tomando esta copa, decía: «Tienes sed, pobre Petra, pero no beberás, porque tu Salvador no lo quiere. ¿Serías bastante cobarde para perder la gloria de haberle sido fiel siempre, por beber un poco de agua y satisfacer tu sed (1).»

A cada instante decía cosas semejantes. Así las Hermanas no podían decidirse á separarse de esta cama, que era para todas una escuela admirable de virtud. Una noche en que la enferma estaba muy mala, y en que San Francisco de Sales, que la había dado ya el Santo Viático, había enviado al Sr. D. Miguel Favre para que la asistiese en sus últimos momentos, la Madre Brechard mandó á la Hermana Claudia Francisca Roget y á la Hermana María Adriana Fichet que se fuesen á la cama; pero éstas esperaron á que se lo dijese por tres veces. El Sr. D. Miguel Favre, al dar cuenta al Santo Obispo del estado de la enferma, le dijo alguna cosa de la desobediencia de las Hermanas. Al otro día, San Francisco de Sales, que había pasado la noche en oración rogando al Señor no se llevase del mundo una persona tan útil á su gloria y tan preciosa para el Instituto naciente, vino al monasterio para administrar á la doliente. Al darla la santa Unción, la enferma, que había perdido el sentido hacia algunas horas, abrió los ojos, miró tranquilamente al Santo Obispo, y se volvió á dormir, no despertando sino al cabo de muchas horas y perfectamente curada. Todas las Hermanas estaban presentes, y salieron de la enfermería acompañando al Santo Obispo que se marchaba. «Mirad, hijas mías—les dijo San Francisco de Sales, aludiendo á la desobediencia de la víspera;—es menester que no nos parezcamos á las jóvenes del mundo, que cuando las dice su madre:

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. V.

haced esto ó aquello, responden: ahora lo haré, madre mía; y con tal que digamos nosotras: ¡pobre Hermana mía! ¡pobre Hermana mía! creemos ser muy obedientes.» Las dos culpables conocieron muy bien que esta sentencia era para ellas, pero hicieron que no lo comprendían; mas cuando San Francisco de Sales bajaba las escaleras, tiraban por el manteo al Sr. D. Miguel Favre, y le decían: «Vos sois quien se lo habéis dicho; vos se lo habéis dicho.» Nuestro Santo, que las oía, se sonreía dulcemente sin volverse, y lo mismo hacía el Sr. D. Miguel Favre.

Por la tarde, sabiendo San Francisco de Sales que la enferma seguía enteramente bien, la escribió este gracioso y amable billetito: «¡Animo en nombre de Dios! mi querida hija Petra María; volvamos á tomar nuestras fuerzas, para servir á nuestro Señor en santidad y justicia toda nuestra vida. Descansad dulcemente en Dios para volver á tomar vigor de su mano misericordiosa, á fin de que cuando vuelva nuestra amada Madre, nos encuentre á todos muy valientes. ¿Qué hubiera dicho esa buena Madre si en su ausencia hubiéramos dejado morir á su querida Petrita? (1)»

Mientras tanto, la santa Madre de Chantal concluyó los negocios relativos á la sucesión del Sr. de Fremiot, y se puso en camino para Annecy, á donde llegó el 24 de Diciembre de 1611. Se apeó en el palacio de San Francisco de Sales, con el cual tuvo una larga conferencia, y por la tarde se fué al monasterio, donde se la esperaba con la mayor impaciencia. Era víspera de Navidad, y aunque acababa de hacer un viaje bastante largo á caballo, en una estación rigurosa y se sentía muy cansada, quiso, no obstante, asistir á todo el Oficio de la noche; y su presencia inflamó de tal modo los corazones de las Hermanas, que «yo no creo—dice la

(1) Carta de Julio de 1611.

Madre de Chaugy—que se hayan pasado nunca las fiestas de Navidad con más santa y devota alegría (1).»

Lo que más hacía desear á la Madre de Chantal el volver á la ciudad y á su monasterio de Annecy, era el que se acercaba el día 1.º de Enero de 1612, que estaba prefijado por San Francisco de Sales, para proceder á la elección definitiva de la superiora y las oficialas del convento, como también para empezar la visita de los pobres enfermos, que se había dilatado por causa del corto número de Hermanas profesas, como dijimos más arriba.

La víspera del 1.º de Enero de 1612, las Hermanas procedieron en efecto á la elección de superiora, y ésta á la de las diferentes oficialas. La santa Madre de Chantal fué nombrada superiora; asistente, la Hermana Favre; maestra de novicias, la Hermana de Brechard; provisora, la Hermana Roget; dispensera y lencera, la Hermana Chatel; portera, la Hermana Milletot; sacristana y encargada de acompañar á las Hermanas al locutorio, la Hermana Fichet.

Hechas estas mudanzas, la Hermana Favre se puso de rodillas, y dijo: «Madre mía, os rogamos nos deis licencia para visitar á los enfermos, para que en el día del juicio nos diga nuestro Señor: Estuve enfermo y me visitasteis.» La Santa Madre escogió entonces algunas Hermanas, y al otro día, después de las gracias de la comida dijo: «Las Hermanas tal y tal irán conmigo, en representación de esta Comunidad, á visitar á los pobres de Nuestro Señor, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Bajó entonces á la capilla acompañada de las dos Hermanas, tomó la bendición de Nuestro Señor delante del Santísimo Sacramento, y echándose el velo, inauguró por sí misma el servicio de los pobres.

---

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. V.

«En estas visitas—dice la Madre de Chantal—asistíamos á los enfermos, no sólo con el servicio de nuestras manos, sino también con todo lo que necesitaban de víveres, lienzo, mantas, almohadas, etc., etc.; porque se encontraban algunos en tanta pobreza, miseria y porquería, con tantos y tan asquerosos insectos, exhalando tanto hedor, que no era menester menos amor que el que tenían estas fervorosas almas para manejarlos, lo que hacían con un valor sin igual, limpiándolos y lavándolos, porque algunas veces estaban mojados hasta los hombros por no tener fuerzas para levantarse ni persona alguna que les ayudase. Los había enteramente ulcerados, á quienes nadie curaba; llenos otros de miseria, á quienes tenían que rapar la cabeza; en una palabra, hacían cuanto era posible para su alivio y aseo, mudándoles la ropa, haciendo sus camas, acostando en paja fresca á los que estaban en el suelo, y arreglando y limpiando el sitio donde se hallaban. En cuanto era posible los hacían visitar por los médicos, y cuando era necesasio darles los Sacramentos, hacían llamar al señor cura, ponían sobre las camas de los enfermos sábanas y lienzos blancos, que también colocaban en los sitios sucios para cubrirlos, amortajando luego con sus propias manos á los que morían. Las pobres gentes á quienes servíamos así se deshacían de gratitud y afecto, y ciertamente nos daban grandes lecciones de virtud, porque estábamos admiradas de las que practicaban en su miseria, y sobre todo de su resignación y paciencia, pues estaban enteramente conformes con la voluntad divina, así para padecer como para morir (1).»

Esto es lo que dice la santa Madre de Chantal, contando la fundación del primer monasterio de Annecy. Lo que no dice, pero que nos ha conservado fielmente

---

(1) *Memorias inéditas de la Madre de Chantal*.